



HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BIENAVENTURADO
SAN AMARO,
CON EL MARTIRIO
DE SANTA LUCIA.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro, calle de Génova
núm. 11, donde se hallará. = 1845.



HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BIENAVENTURADO
SAN AMARO
CON EL MARTIRIO
DE SANTA LUCIA.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro, calle de Génova
núm. 11, donde se halla. = 1845.

CAPITULO PRIMERO.

De la Patria del Bienaventurado San Amaro, santos egercicios en que se ocupaba, deseos que siempre tuvo de ver el Paraiso Terrenal, de como una vox le avisò lo que debia hacer para conseguirlo, y lo que le aconteció en la Isla desierta, y en la de Fuente-Clara.

EN una de las mayores Ciudades del Asia habia un noble, y muy poderoso Mancebo, llamado Amaro, cuyo nombre le fue puesto por revelacion del Cielo; el cual era temeroso de Dios; y guardaba sus Santos Mandamientos. La mayor parte de sus caudales, y rentas la distribuia entre Viudas, Huérfanas, y Mendigos, socorriéndolos à todos con mucho amor y caridad. Hospedaba en sus Casas à todos los Peregrinos que por aquella Ciudad pasaban, à los que regalaba y agasajaba con singular cuidado y diligencia, con cuyo motivo se estendió tanto la fama de su mucha caridad, que muy pocos dias estaba su Casa sin Huérfanas, Pobres y Peregrinos; con estos trataba Amaro largamente de sus peregrinaciones, à qué iban, ó dónde venian y à todos preguntaba con mucho cuidado, si sabian ó habian oido decir, hácia qué parte estaba el Paraiso Terrenal; à cuya pregunta ninguno le satisfizo, porque todos lo ignoraban.

Era Amaro, como llevo dicho, varon de muy

buena vida, y muy dado á la Penitencia y Oracion; en la cual incesantemente pedia á Dios le concediese la gracia de ver el Paraiso Terrenal antes de morir. Oyò Dios sus ruegos, y una noche estando arrobado en Oracion, oyó una voz que le dijo: *Amaro, deja tu casa, vete al Puerto, éntrate en una Nave, déjala ir por donde la Providencia Divina la lleve, y verás lo que deseas.* Vuelto en sí Amaro, y enterado en lo que la voz le prevenia, con muchas lágrimas, y humildes afectos dijo: Padre, Señor y Criador mio, mil gracias os doy por el singular favor que os habeis dignado hacer à una tan vil criatura como yo; concededme, Señor, que vea lo que tanto deseo, si es para honra y gloria vuestra.

Al dia siguiente dió principio Amaro á repartir entre pobres y desvalidos todos sus caudales, reservando para sí solamente lo que le pareció suficiente para emprender su navegacion, y al tercerò dia salió de su casa acompañado de dos criados, y cuatro amigos, todos de muy buena vida, á los cuales habiéndoles contado su determinacion se conformaron en acompañarle, y habiendo llegado á el Puerto mas inmediato compró Amaro una buena Embarcacion, la cual mandó abastecer de todo lo necesario, y hecho que fue, se entraron en ella, soltando las Velas, sin mas rumbo que el que el viento le daba. Navegaron veinte dias con sus noches, al cabo de los cuales descubrieron una Isla llamada la Desierta, por tener una sola Poblacion en mas de ciento y cincuenta leguas de circunferencia. Era

esta Isla muy hermosa y abundantísima de hermosas frutas, en la cual habia muchos y muy feroces animales. Los pocos hombres que la habitaban eran feos de rostros, y muy crueles, y las mugeres hermosas, y no tan mal intencionadas. Saltaron en tierra, con el motivo de tomar algunos víveres, y aquella noche estando Amaro y sus compañeros sentados en la ribera del Mar, oyeron una voz que les dijo: *Amaro, sal de esta tierra que Dios maldijo, por los muchos pecados que en ella se cometen.* Luego que Amaro oyó la voz, sin esperar á tomar la provision que necesitaba, se entró con sus compañeros en la Embarcacion, y soltando las velas siguieron por donde el viento les llevaba. Al dia siguiente pasaron el Mar Rojo, por donde guiò Dios á los de Israel, cuando el Rey Faraon y sus tropas los seguian. Cinco dias navegaron sin descubrir tierra alguna, y á media noche se hallaron cerca de tierra, la cual apenas divisaban por ser la noche muy oscura; pero habiendo amanecido descubrieron una hermosa y vistosa Isla, à la cual se llegaron, y saltando en tierra se informaron que aquella Isla era llamada Fuente-Clara, la cual era poblada de muchas gentes de buenas propiedades, y caritativas; con cuya noticia pasaron adelante y fueron bien recibidos de sus moradores, los cuales les dieron cuantos víveres necesitaban, sin recibir por ellos dinero alguno. Era esta tierra la mas hermosa y fertil que entendimiento humano puede imaginar, y tan sana que no padecian sus moradores enfermedad alguna; vivian todos mas de ciento y

cincuenta años, y aun con estas edades estaban sanos.

Ocho dias estuvieron en aquella Isla, y hubieran estado mas, à no haber llegado à Amaro una Santa Muger, que le dijo: Amaro, yo sé muy bien á qué fin se dirige tu navegacion, y tambien sé que si te detienes mas, cuando quieras salir no te han de seguir tus compañeros, aficionados à la hermosura, abundancia y deleites de esta tierra, por lo que te aconsejo no te detengas mas.

CAPITULO II.

De como salió el Santo de la Isla de Fuente-Clara, y siguiendo su navegacion, incautamente se entró en los Mares elados, de donde no hubiera salido, si milagrosamente no le hubiera favorecido el Cielo.

ATento estuvo Amaro á lo que aquella Santa muger le dijo, y tomando su consejo, al dia siguiente se dieron á la vela, y navegaron muchos dias sin saber hácia donde iban, ni en qué clima se hallaban; con cuyo motivo ya desmayaban en el ánimo los compañeros de Amaro; mas éste con entera confianza en su Dios y Señor, les esforzaba, exhortándolos á que tuvieran confianza en Dios, y esperaran de su Divina misericordia los sacaria á

puerto seguro. En estas aflicciones estaban los compañeros del buen Amaro, cuando una mañana al romper el Sol repararon que à poco mas de media legua estaban seis embarcaciones paradas, las cuales pareció à todos estar ancladas, por el poco movimiento que hacian. Alegres con este descubrimiento, y pensando que aquellas embarcaciones estarían cerca de tierra, enderezaron la proa hácia ellas, y como á dos tiros de fusil antes de llegar, notaron que su embarcacion andaba poco, ó nada, no obstante de ser el viento fuerte: miraron al agua y notaron que toda estaba cuajada, y que cuanto mas se acercaban á las Naves mas travada y elada estaba el agua, y queriendo volver atrás, no les fue posible, pues habiéndose cerrado los yelos que la embarcacion habia cortado, se quedaron tan sin movimiento como estaban las otras seis Naves.

Mucha fue la tribulacion que en este conflicto padeciò nuestro buen Amaro y sus compañeros, viéndose encallados en el Mar elado, del cual era imposible salir sin el auxilio especial del Cielo, y mas cuando notaron que en aquellas seis Naves entraban muchas fieras marinas, tan corpulentas como caballos, y sacaban los cuerpos de hombres, que al parecer habrian perecido de hambre, sobre cuya carne reñian y peleaban furiosamente las unas con las otras.

Mucho fue el espanto que al buen Amaro y sus compañeros les infundiò haber visto estas fieras, pues esperaban que de un instante à otro hicieran con ellos lo mismo, y asi dados al llanto, clamaban

á Dios con lo íntimo de sus corazones les librara de tan grande peligro. Todo aquel dia pasaron á vista de aquellos fieros animales, gimiendo y suspirando, sin dejar un solo instante de pedirle á Dios nuestro Señor, y á su Santísima Madre les socorriera en tan grave necesidad; á cuyas súplicas y rogativas concurría nuestro buen Amaro con tanto fervor, que cuando sus compañeros ya sin fuerzas desmayaban, les animaba de tal forma, que volvian de nuevo á clamar y pedir á Dios. Llegada que fue la noche, ya rendidos de las muchas angustias, y cansados de llorar se quedaron dormidos. Solo el buen Amaro velaba, y puesto de rodillas, con lo íntimo de su corazon decia: Gloriosísima Virgen Maria, Madre de Misericordia, consuelo de afligidos, esperanza de pecadores, y sobre todo, Madre de Dios: Vuelve Señora á nosotros esos tus ojos llenos de piedad; y por las angustias que pasastes al pie de la Santa Cruz, dignate Señora mia ayudarnos para que podamos salir de tan miserable estado. Estas y otras súplicas estaba haciendo el buen Amaro á la Reyna de los Angeles, cuando le suspendió una suave armonia de concertados instrumentos, y sonoras voces, un olor tan suave, y un resplandor mas claro que el mismo Sol, con el cual vió una hermosísima Matrona, vestida con ropas blancas, tan resplandecientes, que deslumbraban la vista; á la cual servian y rodeaban muchas hermosísimas Doncellas, con ropas de color de Púrpura y hermosas coronas de flores en las cabezas. Absorto quedò el buen Amaro con e-

ta vision, y mas cuando oyó, que aquella hermosísima Matrona, á quien todas las demas Doncellas servian y reverenciaban, le dijo: *Amaro, ten fe y no desmayes, que yo te diré como has de salir de aquí. Esos pellejos que traes en la embarcacion con agua y demas víveres, hínchalos de ayre, átalos á la embarcacion y suéltalos sobre el Mar.*

Desapareció la vision, dejando tan consolado al buen Amaro, que al punto despertó á sus compañeros, y desocupando todos los pellejos, que en la embarcacion traian con agua, aceite, vino, y vinagre, los llenaron de ayre, y atándolos muy bien á la embarcacion, los arrojaron al Mar. No bien habian caido los pellejos en el Mar, cuando las fieras marinas entendiendo eran cuerpos de hombres se arrojaron á ellos, y fue tanto lo que tiraron por llevárselos, que sacaron la Nave del Mar elado á aguas vivas. Viéndose ya fuera del peligro, cortaron las cuerdas á los pellejos, y cada fiera se llevó el suyo. Allí contó el bienaventurado Amaro á sus compañeros lo que habia visto, y como aquella Señora le habia dicho lo que debia hacer, por todo lo cual dieron infinitas gracias á Dios, y á su Santísima Madre, por cuya intercesion habian salido de tan grande peligro.

CAPITULO III.

De como llegó el Santo á la Isla Solitaria, y de lo que le pasó con un Monge, el qual le dió las viandas que le hacian falta, y le dijo el rumbo que debia tomar.

ALegres y gustosos soltaron las velas á la embarcacion y navegaron tres dias con sus noches, al cabo de los cuales descubrieron una Isla, á la qual se llegaron, y no se determinaron á saltar en tierra, por las muchas fieras que en ella se veian; pero como la necesidad del agua que habian vaciado de los pellejos les affigia, dieron vuelta á la Isla, por vér si divisaban alguna Poblacion para socorrer su necesidad, y descubrieron á un lado de ella una como Abadia, murada con una cerca muy alta. Llegaronse á ella lo mas que pudieron, y sin saltar en tierra, temiendo á los animales que habian visto, dieron tantas voces, que saliendo á una ventana un Ermitaño, les preguntó, ¿qué se les ofrecia? El buen Amaro le respondió, que una poca de agua por el amor de Dios: y el Ermitaño compadecido, bajó á la puerta y le dijo á Amaro, que saltara en tierra, y se fuera á la Abadia: hizo-lo asi Amaro, dejando á sus compañeros en la embarcacion, y cuando estuvo con el Ermitaño, le dijo este: Hermano, en esta tierra, llamada Isla So-

litaria, no encontrarás mas gentes que los pocos Ermitaños que encierra esta Abadia, pues aunque tenia muchos moradores, todos han muerto á las garras de las innumerables fieras que hay en ella, y nosotros hubiéramos ya perecido, si no nos guardara la muralla tan fuerte, que cerca esta Abadia. Aqui vivimos trece Ermitaños, y solo nos mantenemos con las frutas en que este Pais abunda, las cuales vamos á recoger montados en Dromedarios, á los cuales no embisten las otras fieras, porque les temen: y pues ya se viene la noche, será acertado nos entremos en la Abadia, donde te quedarás esta noche, y en amaneciendo cargaremos en un Dromedario agua y otras viandas, y las llevaremos á la embarcacion.

Amaro dijo á los suyos, se quedaba con el Ermitaño aquella noche, y se entraron en la Abadia, en la cual fue muy bien recibido de los otros Ermitaños, y se alegraron mucho de verle, por haber muchos años que no habian visto otro hombre en aquella Isla. Diéronle de cenar unas frutas muy gustosas, y despues se recogieron. Luego que amaneció se despidió Amaro de todos los Ermitaños, pidiéndoles encarecidamente le encomendaran á Dios, y acompañado del Ermitaño en un Dromedario cargaron agua y algunas frutas, y se fueron á la embarcacion; en la que metieron cuanto llevaban, y despedidos con mucho amor del Ermitaño dieron las velas al viento.

CAPITULO IV.

De como llegó el Santo á la Isla de Leonita, y de lo que le pasó con este Venerable Anciano.

SEIS dias navegaron, sin que les sucediera cosa que de contar sea; pero al séptimo descubriendo una hermosa Isla, con muchas y vistosas Arboledas, y en ellas muchas frutas, fuéronse arrimando, y notaron que á la falda de un monte habia un grande Monasterio, cuyos Monges vestian hábitos blancos. El buen Amaro dijo á los suyos: Quedaos en la embarcacion, que yo saldré á registrar que tierra es esta, y qué gentes la habitan; y saltando en la Playa, reparó, que al pie de un frondoso árbol estaba sentado un Venerable Monge muy anciano, con la barba y cabello blanco; el cual luego que vió á Amaro se levantó, y viniéndose á él le dijo: Seas bien venido Bienaventurado Amaro, muchos dias hace, que con ánsia esperaba tu llegada, ya sé tu designio, á que fin se dirige tu navegacion, y los peligros en que te has visto, y abrazándolo estrechamente, con muchas lágrimas, le pedia le bendijera.

Cuando el buen Amaro oyó que aquel Venerable Monge en tierras tan remotas le llamaba por su nombre, y le decia cuanto le habia pasado, y

hasta lo que tenia en su interior, conoció era varon justo, y arrojándose á sus pies, le pidió la bendicion: el Monge se escusaba pidiéndosela á Amaro, y estando en esta contienda, reparó Amaro que venian hácia ellos, de la Montaña seis feroces Leones: amedrentóse Amaro al verlos, y el Monge le dijo: No tengas cuidado, Varon de Dios, que estos y otros Leones vienen todos los dias á que yo los bendiga; por lo cual he adquirido el sobrenombre de Leonita. Llegaron los Leones donde estaban los dos, y postrados en tierra, con las cabezas inclinadas, esperaban la bendicion. Leonita le dijo á Amaro que los bendijera, y habiéndolo hecho se fueron los Leones tan mansos como corderos. Leonita mandó proveer la embarcacion de todo lo necesario, y detuvo al Bienaventurado Amaro en su Monasterio un mes, en cuyo tiempo hizo muchas y grandes penitencias, y despues confesó con Leonita, y recibió el Viático,

Pasado dicho tiempo, dijo Leonita al Venerable Amaro: Ya es tiempo querido hermano que te vuelvas á tu embarcacion, y sigas el rumbo de tu navegacion para lograr el fin á que Dios nuestro Señor te dirige. El bendito Amaro besó la mano á Leonita, y este á Amaro, y con muchos abrazos, suspiros y lágrimas se despidió el uno del otro. Tan desconsolado quedó Leonita con la ausencia de su querido Amaro, que le duró esta amargura hasta morir.

CAPITULO V.

De como habiendo llegado el Santo á la última Isla de su navegacion, se despidió de sus compañeros con muchas lágrimas, y entrándose por la Isla halló dos Ermitaños, los cuales le dieron noticia del Monasterio de Baralides, y de lo que sucedió con esta.

Dieron las velas al viento, y guiadas por la mano de Dios, al cabo de ocho dias abordaron á una hermosísima Isla, la cual era de tan hermosa vista, y de temperamento tan afable, que ni el calor se sentia, ni el frio molestaba. Arrimóse la embarcacion sin guiarla nadie, y el Bienaventurado Amaro, con muchas lágrimas, les dijo á sus compañeros: Queridos Hermanos míos, mucho siento dejaros; pero es voluntad de Dios que yo solo penetre estos Valles, y como no sé hasta donde llegán, ni el tiempo que gastare en andarlos, no os puedo decir cuando nos volveremos á ver, por lo cual yo os doy esa embarcacion, con todo cuanto en ella viene, para que podais usar de ella á vuestra voluntad.

Muy desconsolados quedaron los compañeros cuando supieron que ya se les ausentaba aquel va-

ron justo, y viendo que no tenia remedio, le rogaron encarecidamente los encomendara á Dios, y les echara su bendicion. El Bienaventurado Amaro les ofreció rogar á Dios por ellos, y abrazándolos tiernamente á todos, los bendijo, y vertiendo muchas lágrimas, se entrò por el Valle, quedando sus compañeros tan afligidos, como se deja entender.

Como al medio dia comenzò á caminar el Bienaventurado Amaro por el Valle adelante, y ya queriendo anochecer, descubrió una pequeña Ermita, à la que se llegó, y halló en ella dos Ermitaños, que hacian grandes penitencias, los cuales recibieron á Amaro con mucho amor y caridad, y despues de haberle lavado los pies, le dieron de cenar, y quanto necesitaba. Un mes se estuvo el buen Amaro con aquellos Santos Ermitaños, en cuyo tiempo hizo con ellos muy grandes penitencias y oraciones, en las cuales no dejaba de pedir á Dios nuestro Señor por sus amados compañeros. Pasados ya treinta dias le dijo Amaro á los Ermitaños, si sabian hàcia qué parte de aquella tierra estaba el Paraíso Terrenal. Los Ermitaños le respondieron, que habian oido decir estaba en aquella tierra, y que lo guardaban, y circundaban cuatro rios innavegables, y muy altas y escarpadas sierras, tan fragosas, que nunca las pisaron plantas humanas: cuyas noticias habian oido decir á una anciana, y Santa muger, llamada Baralides, que era Correctora, ò Prelada de un Monasterio de Santas mugeres, que estaba en aquella Isla, como á dos millas de aquel sitio, la cual podria informarle

del sitio donde estaba el Paraiso, por haberlo visto dicha Baralides.

Con esta noticia se despidió el bendito Amaro de sus queridos hermanos los Ermitaños, y tomó el camino que iba al Monasterio, con designio de hablar con Baralides, la cual, sabedora de su venida, le salió al camino una milla antes de su Monasterio, y así que lo vió le dijo: Bendito sea el Señor que me ha dejado verte. Desde que diste principio á tu navegacion te estoy esperando. Sé lo que te pasó en la Isla Desierta, cuando te dijo aquella voz, que salieras de ella por estar maldita de Dios. Lo que te sucedió en la Isla de Fuente Clara, cuando te dijo aquella Santa muger, te ausentaras antes que aficionados tus compañeros á las delicias del Pais no te quisieran seguir. Lo que te sucedió con el Ermitaño en la Isla Solitaria. La afliccion del Mar elado, y la vision que tuviste. Lo que te pasó con el bienaventurado Leonita, que ya está gozando de Dios. Y últimamente, sé lo que te ha sucedido con los dos Ermitaños que te han dirigido por este camino. Tampoco se me oculta á que fin se dirige tu viage. En vista de lo qual nada tienes que decirme.